

# Canto rodado

I

*por islas extrañas*

**Juan de la Cruz**

**H**ace horas que el día gira y no avanza,  
otoño loco agitando las hojas.  
La puerta da al jardín  
donde la memoria se agita  
entre horas irreconciliables.  
Gira el día en la plazuela del viento.  
Un barco atracado en el muelle de la conciencia  
y una frase que cruza —amor, amor—  
como un verano donde hubo verdad  
y ahora apenas una frase  
que el viento  
hace crujir y el viento dispersa.  
Gira el día o se clava como un pica.  
Voy camino de casa,  
he salido de la casa,  
miro el reloj, miro a una muchacha,  
miro un diminuto paisaje tras las siete de la tarde.

Hay una hora detenida  
y no puedo recordar cuándo ni dónde,  
y la hora da su tiempo, sonrío,  
y yo no puedo recordarlo.

Me llamaste por teléfono y no fue tu voz,  
tu voz de agua que al sol se alía;  
era una voz que azotó mi casa  
como una lluvia ácida.

Una y otra vez pregunté por ti:  
me respondieron sólo los fantasmas.

Hay un pasillo,  
de un barco, de un aeropuerto,  
de una casa en medio de un mar de casas;  
es una taberna, es una trinchera  
formada por diccionarios etimológicos.

Me aseo, me pongo un traje nuevo  
y salgo a la calle; saludo,  
compro el periódico, pago mis impuestos,  
tomo el autobús

y recito echado en la ventanilla  
varios fragmentos del *Orlando Furioso*.

Aliviado miro a la joven discreta  
con portafolios de alarma incorporado,  
y le confieso mi amor, mi loco amor  
por sus piernas. Oh aquellos días  
anteriores a la guerra, oh la casa familiar,  
oh Beatriz y María.

Y de pronto todas las calles me alejaban,  
no había forma de volver,  
de decir: esta es mi calle, tu casa,  
eres tú y yo soy quien tú nombras.

Hay días en los que nada permanece.  
Sobrevive la tarde, la noche, la mañana,  
los cambios de la luz en sombra, en nada.

Camino por el barrio madrileño  
de Chamberí, exaltado,  
habiendo ya de casa  
las dos puertas cerrado.

¿Adónde?

## II

*Vienne la nuit sonne l'heure*

**Apollinaire**

No es la historia quien habla,  
no es la lengua, tal que ella misma al fin,  
quien se cuenta la historia,  
no soy yo, irreductible por la muerte  
sino un *quien*, instante de confluencia  
del azar y el oscuro designio de la sangre,  
luz que aquí se detiene,  
que fluye y se me escapa,  
sombra que se ovilla y salta,  
sobre el tiempo, sobre la nada,  
sobre las cuatro y las cinco  
de la tarde. Tú me dijiste,  
para que el día germinara,  
las innúmeras constelaciones,  
abriste la mano y surgieron unas palabras,  
aire ya del día  
que tú y yo respirábamos.

Cerraste la mano

y pude contar mi tiempo  
como un pobre sus monedas.  
Tus últimas palabras  
se apagaron en el teléfono.

Duró poco nuestro amor,  
breve como un Imperio.  
Tu ausencia me transformó en blanco  
del vacío de dos:  
jauría de niebla  
andaba en mi casa buscando  
—entre archivos de rotas palabras—  
el tatuaje de sol, que un día,  
entre margaritas consteladas,  
dibujó el abrazo.

Vagar, buscar una palabra,  
contar la respiración de un pensamiento

contra sí mismo vuelto,  
y al calor aterido de la multitud  
ver en el centro del deseo

el vacío  
alrededor del cual gira una palabra  
—impronunciable.

Y no es sólo decir o callar,  
es algo que está antes, después, al mismo tiempo,  
y no se alcanza.

Mi padre, en la caída hacia atrás de la muerte,  
pedía que le llevaran a la otra casa;  
la otra, la que no moriría con él,  
el umbral que su sombra no tocaba.  
Yo navego entre islas, tomo trenes;  
salas de espera y adioses sin llegada.  
La noche se acelera. Tintinean  
los últimos días del año.

Estoy sentado en una piedra  
(Menorca: viento y acebuches)  
frente al cap de Cavallería.  
Toda la tarde las olas arremeten, ciegas,  
contra la encrespada costa. Un barco  
busca la entrada a tierra entre olas agitadas;  
más acá se abre el valle,  
tiempo verde, sin tránsito.

No pasan las horas, no soy hombre ni mujer,  
ni el uno ni los muchos. *Tea que arde.*  
La voz del hombre y la voz de la roca  
tocadas por el mismo viento,  
vocales y consonantes  
que no oímos y suenan  
mar adentro.

Tal vez algún día vuelva a la roca,  
para decir adiós,  
adiós, loca hierba que cruza  
ahora el aire.  
Quizás esto que digo  
sea una despedida, un tiempo que en otro

se desdobra, el pliegue de la piel,  
una forma de morir,  
de recibir la espuma  
que frente a mi frente estalla  
y se deshace. ¿Cuándo fue? ¿Cuándo?

Y pasan unos y otros,  
o sólo este murmullo en la hora alta  
de un cuarto de hotel.

Un latido  
secreto e inmenso —no el mío—  
en el sordo crecer de la historia.  
Amar es despedirse,  
sentir que en todo hay un dios que no vuelve.  
Esa mañana,  
cuando tu risa saltaba sobre mi pecho,  
el mundo se dilataba y la piedra  
gravitaba en su reposo sin tiempo.  
Más aire el aire. Lo que está detrás,  
—rara transparencia de mi conciencia—,  
en la masa de arbustos

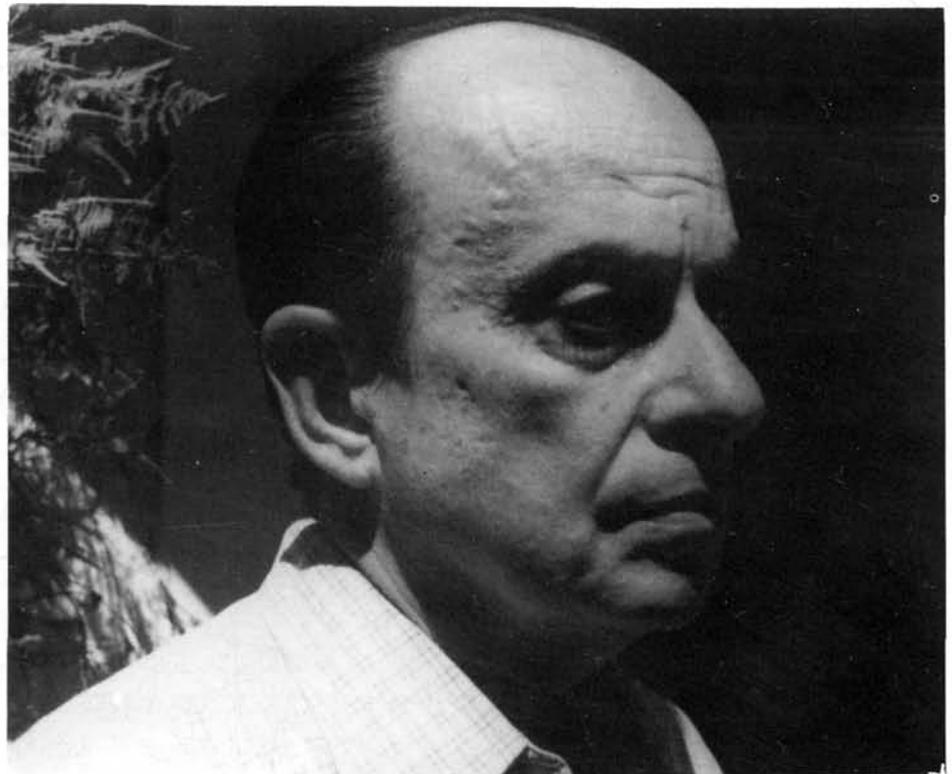
que la sombra esculpe,  
verde agua en la espiral de la memoria:  
No sé cuándo fue, ni si tiene nombre.  
Yo sólo camino para sentir el viento.

Estoy al fin llegando de tanto irme.

*Madrid, 15 de enero de 1992*

**Juan Malpartida**

«La vida dibuja un árbol  
y la muerte dibuja otro.  
La vida dibuja un nido  
y la muerte lo copia.»



Roberto Juarroz